

DESPUÉS DEL PARTIDO, LA TRISTEZA...

“Por cualquier lado que se le mire, Luvina es un lugar muy triste. Usted que va para allá se dará cuenta. Yo diría que es el lugar donde anida la tristeza. Donde no se conoce la sonrisa, como si a toda la gente le hubieran entablado la cara. Y usted, si quiere, puede ver esa tristeza a la hora que quiera. El aire que allí sopla la revuelve, pero no se la lleva nunca. Está allí como si allí hubiera nacido. Y hasta se puede probar y sentir, porque está siempre encima de uno, apretada contra de uno, y porque es oprimente como un gran cataplasma sobre la viva carne del corazón”.

Luvina, Juan Rulfo

I

Cuando releo el cuento de Juan Rulfo, Luvina, no puedo evitar el recuerdo de la historia que me contó Roberto sobre Alfonso, su hermano. Esa noche que por mi trabajo pasé por ese pueblo perdido en viejos mapas. Y en el que después de esa noche tuve que quedarme otra noche más porque el desperfecto del auto no se reparó ese día. Una travesía extraordinaria para mi memoria. Horrible para los que tienen que vivir día a día en un sitio así.

Alfonso, cuarenta años, la piel marcada por el tiempo, el sol y el sufrimiento. Qué casualidad, lo primero que me dijo fue lo mismo que Juan Rulfo ya había escrito en su cuento, palabras más palabras menos, la misma sensación punzante.

Roberto lo repitió, sin querer, pero era la realidad: la tristeza de vivir en un sitio así. Desconectado del universo. Sin una sola piola que permita que algo en algún momento sea distinto. La esperanza descascarada, despintada, llena de agujeros. La tristeza metida a garrotazos del destino, en todos los rostros de sus habitantes. Vivir en un pueblo donde la arena que levanta el viento, te desconcierta la mirada. Esos pueblos perdidos en la historia, en sus propios relatos. Pero sin entrar en la historia por la falta de aventura y de fatalidad.

Roberto me contó una historia que casi en el pueblo no se escucha. No se dice nada. Lo trágico se mezcla con la inercia de la cotidianidad, perdiendo la fuerza real para morder de a poco nuevos tiempos. Me relató en detalles lo que fue el último día de su hermano en el pueblo, al que después ya no volvió a ver nunca más.

Me lo contó sin llanto en los ojos, como si eso nunca hubiera ocurrido. Como si cada uno tuviera un destino marcado, previsto de antemano, que hay que cumplir más allá de las circunstancias. Circunstancias obtusas, que maltratan lo precioso del momento. Aunque en lo que me relató Roberto no haya algo más que dolor. Un dolor

no expresado, instalado por el paso del tiempo, como un éter que lo envuelve todo. Que lo empaña todo. Y donde lo que se puede es sobrevivir. Sobrevivir.

Paso a relatar lo que me contó Roberto de su hermano. Recuerda los detalles como si fueran reales, o como si hubiera estado en la cabeza de su hermano.

II

Intenso y rebuscado fue el partido que terminó dos a uno. A Alfonso eso lo dejó muy triste. El campeonato se les iba de las manos. Y era su último partido.

Alfonso jugaba de marcador central para el Deportivo Santa Clara. Un club de barrio, que fue haciéndose importante poco a poco, el espacio de muchos niños, jóvenes y familias.

La final había sido contra el archirrival Deportivo Salto Cruz, un Boca-River pero en pequeño. Las pujas de la gran ciudad, en el pueblo. Una final que quedaría marcada en la memoria solo por unos meses porque después vendrían nuevas finales, otros partidos y todo habría pasado.

Pero para Alfonso era un día especial. Fue un día especial. Después del partido, viajaba a otra provincia para estudiar y no volvería al menos por un año. Por eso quería ganar a toda costa, cosa que no fue posible. Por un error suyo, el delantero del Deportivo Salto Cruz les hizo un golazo. La paró solito, la llevó unos cinco metros hasta el punto del penal y la definió como un gran jugador, al costado derecho del arquero. Lo que más bronca le dio a Alfonso, además de su error, fue que este delantero siempre era un perro, y justo en esa final aparecía como un héroe.

El asunto fue que Alfonso, con el partido terminado, quedó hundido en la tristeza. Esa tristeza infinita que surge de lo que uno ama.

Luego del partido, cuando ya no quedaba nadie por saludar en el vestuario, Alfonso fue otra vez a la cancha y allí encontró el recuerdo de los tantos partidos y entrenamientos, de sus partidos más memorables...

Por ejemplo, las enseñanzas de ese entrenador que venía desde lejos, el Negro Parente. El tipo había sido también marcador central, muy reconocido en un club de primera de capital. Le enseñó todos los vaivenes y artilugios que sabía. La clara consigna "es el jugador o la pelota. Y vos sos jugador central, no podés dejar pasar a los dos". El comentario tranquilizador: "Alfonso, tranquilo, que el marcador central también tiene grandes satisfacciones. Es el único puesto donde podés ver al contrario desde otra perspectiva ¿sabés por qué? Porque el defensor central es uno de los pocos que puede acompañar y estar en varios lugares de la cancha, más que el cinco".

Recordó la primera vez que llegó al club y que el técnico de ese momento le preguntó de qué puesto jugaba y que él le respondió que bien no lo sabía, pero que le gustaba defender. Entonces primero lo probaron como marcador por izquierda, y si bien anduvo bien ahí porque era zurdo, al técnico le gustó más cuando pasó a jugar como marcador central de seis. Si bien no era un jugador alto -lo acostumbrado en ese puesto., era hábil y guerrero para recuperar pelotas y salir jugando e incluso para proyectarse en jugadas junto con la delantera y el medio campo.

Caminando por el área chica, recordó con mucha simpatía el día que esquivó la cabeza a un tiro libre. Esa vez el Negro Parente, agarró la pelota y se la tiró muy alta de un patadón, y le pidió que la fuera a buscar y se la tirara a él cabeceándola. Después de quince veces, fue suficiente como para tener dolor de cabeza por una semana, pero aprendió a cabecear hasta piedras y sin miedo.

Se detuvo en el arco y llegó a su memoria el gol de tiro libre que hizo en la final anterior. Un tiro libre realizado desde el ardid pero sin trampa. Se había dado cuenta de que cuando se hacía un tiro libre, sin pedir distancia -lo reglamentario del arbitraje- el equipo contrario inmediatamente hacía la barrera sin que el pateador lo solicitara, dejando distancia, y además el arquero abandonaba el arco y se ponía debajo de los palos para organizar la barrera. Lo reglamentario, es que el que pateo el tiro libre, pida al árbitro distancia y que el árbitro la autorice, que recién ahí el arquero arme la barrera sin riesgo a que le pateen, porque el que debe autorizarlo es el árbitro. Luego del gol, todos se le fueron encima al árbitro, y este fue muy claro: "al no pedir distancia, tiene derecho a iniciar el juego cuando quiera o patear al arco". Esa final terminó uno a cero, gracias al gol de Alfonso.

Luego siguió caminando por el pasto aún húmedo por la lluvia de la siesta. Recordó también el día que lo expulsaron por el codazo que le pegó al delantero del equipo rival porque lo había escupido. Al partido siguiente tuvo que verlo desde la tribuna.

Cuando era chico y empezó a ir al club, no había tribunas y el club se caía a pedazos. Luego de sorteos y fiestas familiares para recaudar fondos, el club empezó a invertir sus recursos en mejoras muy considerables, que le dieron un bonito rostro a ese querido club de barrio.

La nostalgia y la tristeza llegaban a su fin. Decidió volver a su casa para terminar de armar el bolso para empezar el ingreso a la universidad en febrero.

El mismo año en que Alfonso comenzó la universidad, en el país se dio uno de los peores golpes militares de la historia. Alfonso no volvió a su pueblo para disfrutar de las vacaciones en el verano siguiente. Sus padres hicieron lo imposible por saber por

qué había sido secuestrado por los militares en la pensión en la que vivía. Pero nunca pudieron saber nada.

Hay una foto de Alfonso en la entrada del Club, donde una placa de bronce lo recuerda, como una parte viva de la historia del Club, cada vez más olvidado, por las nuevas generaciones de futboleros.

III

Leer Luvina de Rulfo y escuchar a Roberto hablar de su hermano, en ese pueblito perdido, fue la misma sensación. La tristeza de la muerte anónima, esperar que los días sean distintos, pero que no lo fuesen. Cada día de sol o de lluvia es una bendición que rápidamente se naturaliza en ese quehacer diario del hastío y la soledad.

Ese pueblo tiene la historia de Alfonso por recordar, pero ya no la recuerdan. Apenas está en la brillantez de los ojos de su hermano. Apenas está en una placa en la entrada de la cancha. No recuerdan que hubo una feroz dictadura que les arrancó de su vientre a un joven bueno, al que le gustaba el fútbol como a muchos de los jóvenes de ese lugar, que fue a buscar un futuro lejos de allí. Un futuro que no tiene nada que ver con lo que está predeterminado. Lejos de la arena en los ojos, lejos de las mañanas, de las tardes y de las noches iguales. Lejos de un cielo inmenso y negro.